# PRE
# S
# E

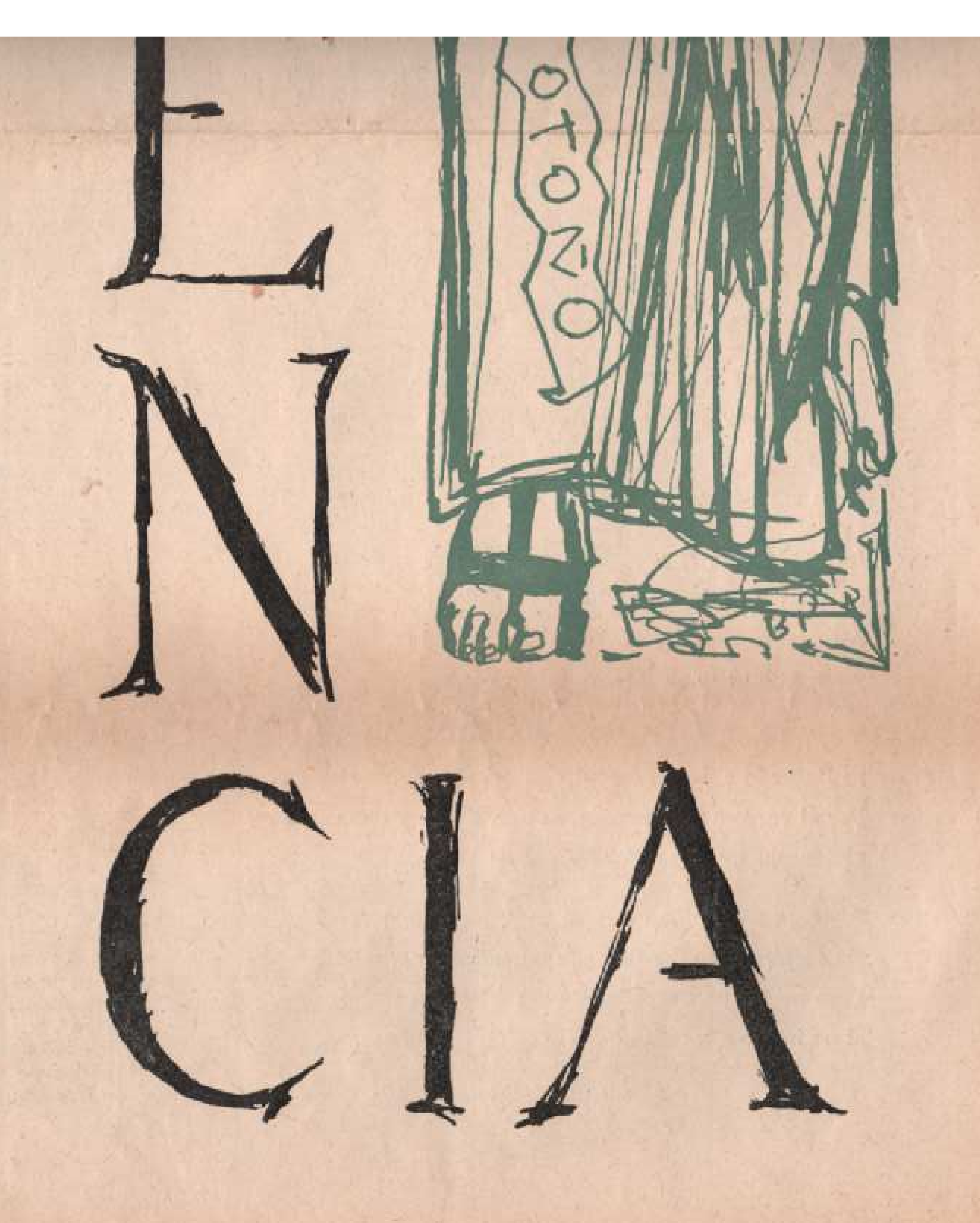
SUMARIO — PRESENCIA: LA NUEVA CONSTITUCION—FORMACION SIN RELIGION.- JUAN A. CASAUBON: MAS SOBRE MARITAIN.- GUSTAVO ADOLFO SARRÍA: POEMA.- ALBERTO F. ARBONÉS: ELEGÍA.- ARNALDO MUSICH: LOS PROBLEMAS.- SANTIAGO DE ESTRADA: ESAÚ.- PABLO HARY (H): CRUCE ET ARATRO.- R.



NALDO MUSICH: LOS PRO-
BLEMAS.- SANTIAGO DE ESTRADA: ESAÚ.- PABLO HARY (H): CRUCE ET ARATRO.- R. M. E: SATÁN.- DIBUJOS DE BALLESTER PEÑA.- IMPRIMIÓ: DOMINGO E. TALADRIZ.

*BUENOS AIRES, VIERNES VEINTICINCO DE MARZO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE.— AÑO I — NÚMERO VII.*

Aparece el segundo y cuarto viernes de cada mes. Dirección: Sarmiento 930. Administración: Venezuela 649. Imprenta: San Juan 3875. Buenos Aires. Precio del ejemplar: $ 0,50 Suscripción anual: $ 12.–



# MAS SOBRE MARITAIN

*Con el presente artículo adelantamos una respuesta al libro "En Defensa de Maritain", de Jaime Castillo Velasco que acaba de aparecer en Santiago de Chile y en el cual se intenta una crítica del libro "De Lamennais a Maritain" de nuestro colaborador Julio Meinvielle. (N. de la R.)*

Es realmente reconfortante, y no puede recibirse sin alegría la viva defensa que de todos los aspectos de la ortodoxia católica, ya contra el existencialismo, ya contra la "théologie nouvelle", ya contra los sistemas personalistas, hace, desde la tan probada Francia, un órgano del auténtico pensamiento tradicional. Nos referimos a la revista "La Pensée Catholique", desde cuyas páginas un nutrido conjunto de pensadores católicos encabezados por el P. Luc J. Lefèvre —conocido en Buenos Aires por su aguda réplica a Sartre— lucha para que por lo menos haya en su patria una voz que proclame, sin servilismos a la época ni al mundo, la verdadera doctrina del Verbo. Y no puede menos que regocijarnos la sustancial concordancia que esa campaña, y en especial las críticas al "personalismo cristiano", manifiesta con la que aquí, en este extremo de la Hispanidad, viene haciendo desde hace años el grupo de "Nuestro Tiempo", "Balcón" y "Presencia" encabezado por el P. Meinvielle, y con los libros de éste contra las desviaciones que se encuentran en el pensamiento maritainista.

Por eso queremos aquí mencionar dos artículos que en otros tantos números —7 y 8— de aquella revista francesa, escribe Luc J. Lefèvre contra el personalismo cristiano, bajo los ttulos de "Personnalisme et Crise Moderne" y "Une ascétique nouvelle".

Observa el autor, en el primero de los mencionados trabajos, que no es idéntico, en todos los sistemas que se proclaman "personalistas", el significado de este término, porque, dependiendo su sentido del de "persona", no hay concordancia entre aquéllos acerca de qué sea ésta. Con toda razón, expresa el P. Lefèvre que no siempre se señalan los personalistas por el rigor filosófico de sus definiciones; y, a propósito de la de persona —que debería constituir el punto de partida de todo el edificio del personalismo— trae a colación las de Mounier, en los dos volúmenes de su "Révolution personnaliste et communantairxe". Tan vagas y retóricas son ellas —tan llenas de ese "pathos" personalista característico—, que no resistimos a la tentación de reproducir una de ella vertiéndola a nuestro idioma: "La persona se opone al individuo en que ella es dominio "de sí, elección, fundación, conquista de sí. Ella arriesga por "amor en vez de ....... Finalmente, es rico en todas las co- "muniones, con la carne del mundo y del hombre, con lo es- "piritual que lo anima, con las comunidades que la revelan "[........] La persona es el volumen total del hombre. Es "un equilibrio en largo, anchura y profundidad, una tensión "[.....]", etc.[1]. ¡Con cuanta razón, —opinemos de paso— "decía el Cardenal Villeneuve en su hermoso prólogo al libro "de de Koninck: ...se favorece el trastorno de la civilización, "porque se trastrueca el lenguaje, y con el lenguaje, la filo- "sofía y la teología"[2].

Después de rechazar otras concepciones de la persona que, como ocurre con la de Denis de Rougemont, exageran, a lo kantiano, su valor, proclamando su *primacía*, el autor reproduce y aprueba la definición clásica de la persona, y hace ver cómo da ella la razón de sus propiedades y de su posición en el universo.

Establecida la naturaleza de la persona humana, el P. Lefèvre puede evitar los dos escollos de disminuir o aumentar indebidamente su valor, al propio tiempo que, afirmando vigorosamente el enraizamiento del valor en el ser, rechaza las doctrinas modernas que lo independizan de éste mediante lo que Jolivet ha llamado "la ininteligible ficción de una Bondad vacía de realidad" o "la ficción de un Bien axiomático", y puede así repudiar las teorías que reducen la persona a un "valor", o le otorgan una existencia puramente formal, a la kantiana.

Surge a continuación el problema de las relaciones de la persona humana con la sociedad. Problema inevitable, porque no puede aquélla no llevar vida social. Y aquí aparece el lugar común central de los personalistas: "el individuo es para la sociedad, la sociedad es para la persona" o el más exagerado aún de "el individuo es para el universo, el universo es para la persona". Muestra Lefèvre cómo esa disociación del hombre en "individuo" y "persona", y las consecuencias políticas que de allí se pretenden sacar no tienen fundamento racional ni pueden alegar en su favor pasaje alguno de Santo Tomás. Para éste, es precisamente la persona la que es parte de la comunidad: "Cualquier persona singular es a toda la comunidad, como la "parte al todo"[3]. "Cada hombre es parte de la comunidad"[4].

Combate también el P. Lefèvre, en una nota de su trabajo[5], la identificación hecha por Maritain entre individualidad e individuación de una naturaleza sensible, como si el hombre fuera individuo sólo por lo último, y no por ser una persona, singular e incomunicable. Con esto, viene a coincidir con lo que el P. Meinvielle dice en el primer capítulo de su reciente "Crítica






dos volúmenes de su "Révolution personnaliste et communautairxe". Tan vagas y retóricas son ellas —tan llenas de ese "pathos" personalista característico—, que no resistimos a la

# *POEMA*

Mi pecho es una torre de ausencia enamorada,
una encendida torre de asombro en las estrellas.
Mis manos florecidas corolas con esperas,
y un sangriento horizonte el viento de mi cara.

La noche alza el profundo color de mis entrañas
en clara nebulosa que hasta tu cielo llega.
Allí, sobre tus ojos, enmudecida tiembla
y sin que tú lo sientas, tu respirar alcanza.

Y está tu voz de brisa nombrándome con llanto,
tu llamado clavado en mi costado abierto.
Por él corro a tu ausencia, al par, ligero y denso,
olvidando las frías riberas del descanso.

Arderán mis almenas para tu amor lejano
sin respirar el alba de cada advenimiento.
Para mí no hay espadas de luz sobre los techos
si no nazco a los días del hueco de tus manos.

GUSTAVO ADOLFO SARRÍA

es precisamente la persona la que es parte de la comunidad: "Cualquier persona singular es a toda la comunidad, como la "parte al todo" [3]. "Cada hombre es parte de la comunidad" [4].

Combate también el P. Lefèvre, en una nota de su trabajo [5], la identificación hecha por Maritain entre individualidad e individuación de una naturaleza sensible, como si el hombre fuera individuo sólo por lo último, y no por ser una persona, singular e incomunicable. Con esto, viene a coincidir con lo que el P. Meinvielle dice en el primer capítulo de su reciente "Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana" [6], y, en especial, con lo que afirma en el parágrafo "Confusión de individualidad de naturaleza con la individualidad propiamente tal" [7], coincidencia tanto más importante cuanto se da sin dependencia alguna entre ambos trabajos, ya que el número 7 de la citada revista pertenece al tercer trimestre de 1948, época en que la obra del P. Meinvielle, si bien aún no había aparecido en librerías, se hallaba totalmente redactada.

Afirma el autor cuyo trabajo comentamos, que el hombre no es un puro individuo desde cierto punto de vista y una pura persona desde otro; más aún, que el hombre no es una *persona*, sin más, sino una *persona humana*. Se pregunta el autor por qué habrá de hablarse, como hacen los personalistas, siempre de persona, de *persona en cuanto tal*, noción análoga, en vez de analizar a la *persona humana concreta*. Expresa también su deseo de que se termine con esa *dicotomía* del hombre en individuo y persona que, dice, ofrece un aire de cristianismo y kantismo [8]. Afirma después: "¿Son las nociones de *parte* y de "*todo* las que nos resultan molestas? Hablemos claramente. Evi"temos la confusión y distingamos los puntos de vista de la me"tafísica y de la moral: desde el punto de vista metafísico, "el hombre, es decir el individuo personal, es un *todo*. Pero "sobre el plano moral, tiene razón de *parte* porque, solo, no es "apto para trabajar por el bien común". Todos los pasajes citados vienen a manifestar una perfecta concordancia con lo defendido en otros de la "Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana". Así, en lo que respecta a la tendencia de los personalistas a hablar, simplemente, de "persona" cuando hablan de persona humana, y a adjudicarle a ésta caracteres suprahumanos, sólo coartados por "el individuo", lo que dice Lefèvre concuerda perfectamente con los amplios desarrollos que al mismo problema ha dedicado el P. Meinvielle en el parágrafo titulado "La oposición de individuo-persona implica la partición en dos de un único sujeto de subsistencia y operación", perteneciente al primer capítulo de su ya citada obra [9], y también allí se habla de la "dicotomía" que en el hombre aquella doctrina introduce. Asimismo —y esto es importante— tanto el P. Lefèvre como el P. Meinvielle critican a Maritain por confundir el punto de vista metafísico, según el

cual la persona no puede ser parte, con el moral, según el cual lo es. Hemos citado ya la frase del P. Lefèvre en que esto se afirma; por su parte, el P. Meinvielle dedica tres parágrafos de su libro —"Maritain coloca en la metafísica la disquisición presente"; "La disquisición presente, formalmente práctica", y "El planteo de Maritain y el de Santo Tomás" [10]— a desarrollar igual crítica.

Continúa luego el P. Lefèvre su artículo con la afirmación de que, como consecuencia de lo dicho, es como *persona humana* que el hombre está ordenado a un fin independiente, y también como *persona humana* que es miembro de la sociedad y está sometido al bien de ella [11]. Precisa luego el P. Lefèvre las relaciones de la persona con la sociedad y ve, con razón, que la *sociabilidad humana* surge precisamente de la *personalidad humana*, y que no sólo las necesidades corpóreas del hombre hallan su satisfacción en la sociedad, sino también las espirituales; no sólo las *específicas*, sino también las *personales*. Ve en la sociedad *una causa dispositiva* en orden a la perfección del hombre, sin la cual no hay sino degradación y esterilidad. Y en una nota [12] se eleva con justicia contra la concepción personalista de que un estado de tensión y de conflicto entre sociedad y persona es *esencial* e *inherente* al ser de ambas, y que la vida social tiene una *tendencia natural* a esclavizar a la persona [13], manifestando cómo Maritain y otros confunden allí una consecuencia "per accidens" de lo social —cuando éste está corrompido— con algo "per se", con lo cual caen en posiciones rousseaunianas. El P. Meinvielle sostiene esta misma doctrina en el capítulo III —"La tensión vertical entre persona y sociedad política"— de su reciente obra.

Continúa más adelante, el P. Lefèvre, afirmando que tanto los deberes sociales como los particulares tienen por único sujeto a la persona humana concreta, y que es el hombre total, de carne y hueso, el que está destinado a no otra cosa que a Dios, pero que no se dirige ni se dirigirá hacia El sino en y por la comunidad, por la vía natural de la familia, la corporación, la sociedad civil, la sociedad religiosa, porque la sociedad es el *medio vital* necesario y legítimo de todas las personas, aún llegadas a su "mayoría de edad"...

Finaliza este trabajo el autor puntualizando las consecuencias del personalismo: *despersonalización del hombre*, *levantamiento del hombre contra la sociedad* y *desencarnación del hombre*, y cierra su artículo con estas frases del cardenal Villeneuve en el prólogo ya citado [14]: "Enfrente de un mundo que "piensa mal para adaptarse mejor a los hechos, nosotros no "tenemos soluciones fáciles; nosotros no tenemos otra que la "que consiste en corregir los hechos según los principios de "todo bien".

Tan certero, y más original quizá es el de otro trabajo del P. Luc J. Lefèvre, el que aparece en el número 8 de "La Pensée Catholique" con el título de "Une ascétique nouvelle". Interesante sería dedicarle amplio espacio, pero como ya nos he-

# *ELEGIA*

Lejos, donde los álamos se juntan
—como en el tiempo de la primavera—
me encontré con tu miedo, transitando
por el verdor antiguo de las hierbas.

Miedo, no del amor, sino de todo:
de la noche, que vino anticipada
en un vuelo de eternas golondrinas
(prisa en el corazón, niebla en las alas).

Miedo, no del amor, sino del hondo
sentido de las cosas. Miedo acaso
de asomarse al comienzo de los días
y ver cómo la muerte se ha iniciado.

Yo medí tu silencio. Y era triste
ver tu angustia y la mía, solidarias.
Los álamos crecían en la noche.
Y tú venías. Pero te alejabas.

Después de tu partida se hizo grave
el temblor otoñal de la mañana.
Nadie decía adiós. Lejos, muy lejos
los álamos también se distanciaban.

Alberto F. Arbonés

neuve en el prólogo ya citado[14]: "Enfrente de un mundo que "piensa mal para adaptarse mejor a los hechos, nosotros no "tenemos soluciones fáciles; nosotros no tenemos otra que la "que consiste en corregir los hechos según los principios de "todo bien".

Tan certero, y más original quizá es el de otro trabajo del P. Luc J. Lefèvre, el que aparece en el número 8 de "La Pensée Catholique" con el título de "Une ascétique nouvelle". Interesante sería dedicarle amplio espacio, pero como ya nos hemos extendido demasiado sobre el primer artículo, reduciremos el comentario del segundo a sus puntos esenciales. Se plantea allí el famoso problema de los *medios lícitos* del Estado en la prosecución de sus fines. Los hombres modernos persiguen diversas "Místicas" temporales, entre ellas la del Personalismo. Mas toda mística supone una ascética. A nuevas "místicas" pues, nuevas "ascéticas". El autor examina la "ascética" personalista, en su famosa faz de la "purificación de los medios", o ascética social política para la consecución de la sociedad personalista[15]. La discusión se centra sobre la virtud de fortaleza. Frente a textos y propósitos de Maritain y los suyos, que *distinguen dos especies de fortaleza* —la que consiste en soportar y la que consiste en atacar o agredir— de las cuales prefieren la primera y consideran la segunda como no debiendo ser empleada en nuestros tiempos, en el estado actual de la "conciencia humana", y que por lo tanto preconiza un pacifismo a lo Gandhi y una aplicación de las virtudes evangélicas al Estado, el P. Lefèvre demuestra racionalmente y con textos de Santo Tomás que sólo existe *una especie de virtud de fortaleza*, con *dos actos igualmente virtuosos, cuando son regulados por la prudencia*: el soportar y el agredir. Carece, por lo tanto, afirma el autor, de razón de ser la separación hecha por Maritain y la exclusiva preferencia por el "sustiner", casi como si el "aggredi" prudencial no fuese virtud, o como si, siéndolo, no fuera suficientemente bueno para nuestros tiempos.

Es evidente, diremos nosotros, que si la fortaleza es una *virtud*, con dos actos, el "sustinere" y el "aggredi", éste último es también, usado en su debida oportunidad, virtuoso. Luego su aplicación no puede ser *mala*, salvo cuando se ejerciera sin necesidad, fuera de oportunidad, y por lo tanto *no prudencialmente*. Pero entonces no pertenecería a la *virtud* de la fortaleza, como no es virtuoso ningún acto —ni el "sustinere"— si no es prudencial. Por lo tanto, la supresión del "aggredi" como medio sólo se justificaría si hubieran cesado las oportunidades de su aplicación. Mas ¿han cesado? ¿Contra quién debe aplicarse ese acto? Contra el enemigo injusto. Luego, sólo carecería de razón su ejercicio si hubieran desaparecido los enemigos injustos de la Iglesia, de la civilización católica y del recto orden natural. Pero ¿quién será tan ciego para afirmar semejante

los alumnos también se distanciaban.

ALBERTO F. ARBONÉS






cosa, en estos tiempos precisamente? Todo lo dicho revela el "pathos" sentimental (sensual en el fondo) que sustituye, en los personalistas, a la razón. Tienden a considerar "malo" *per se* a todo lo violento o doloroso, aún justo. Y eso es sensualismo, disfrazado de espiritualismo depurado.

Rechaza también, el P. Lefèvre, la consideración unívoca que hacen los personalistas de la moral individual y la política, pretendiendo extender al Estado los consejos evangélicos. Semejante pretensión, unida a la anterior, no puede menos de ser *suicida*, y de dejar inermes a la Iglesia, a la civilización cristiana y al recto orden natural, frente a sus enemigos, más fuertes y sinuosos hoy que nunca.

Por todo lo que en este artículo se ha expuesto, podrá el lector darse una idea de los trabajos del P. Lefèvre, y de su interés, y del mérito de la revista "La Pensée Catholique", erguida como un baluarte en medio de una Francia y de un mundo, que "piensan mal, para mejor acomodarse a los hechos".

JUAN A. CASAUBÓN

[1] "La Pensée Catholique", Nº 7, p. 38.
[2] "De la primauté du bien commun contre les personnalistes", pp. XI-XII.
[3] S. Th., I-II, q. 64, a. 2.
[4] S. Th., I-II, q. 63, a. 1.
[5] Pensée Catholique, Nº 7, p. 44.
[6] Edic. "Nuestro Tiempo", Bs. Aires, 1948.
[7] Op. cit., p. 35.
[8] Op. cit., p. 46. Cfr. con "Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana", pp. 229 y 348.
[9] Op. cit., p. 48 y ss., y espec. pp. 52-53 y 54-55.
[10] Op. cit., pp. 57 y ss.; 62 y ss., y 65 y ss., respectivamente.
[11] Cfr. Meinvielle, op. cit., cap. II.
[12] Op. cit., p. 47.
[13] Maritain, "La personne et le bien commun", p. 68.
[14] Loc. cit., p. XX.
[15] En su trabajo, el autor define la ascética. Debemos confesar que no nos gusta del todo su definición, que parece ponerlo en la línea de Scaramelli (S. XVIII) y otros que en su seguimiento *separaron* Ascética y Mística, haciendo de la primera la vía *normal* de la santidad, con sus vías purgativa, iluminativa y unitiva propias, diferentes de las *extraordinarias* de la Mística. Preferimos, en esto, la posición que defiende, entre otros, el P. Garrigou-Lagrange.

# LOS PROBLEMAS

Acaso implique algún beneficio provocar la reflexión en torno al problema del hombre frente a la historia. Más aún en estos momentos de desgarradora convulsión en que el hombre sometido espiritualmente a una soledad exangüe, pierde noción de toda realidad distinta de la suya y desespera en la crujiente ruta de su descalabradura.

Hoy, consciente de la inverosimilitud de la idea del progreso indefinido, el hombre torna su lánguida mirada a otros sistemas de vida del pasado, más felices, añorando su tonalidad. Y, deseoso de trasponer la quebrada histórica de los males que padece, acomete hacia el refugio del pasado buscando con ansias el relleno de su actual experiencia para lograr soluciones.

El hombre advierte en la descoyuntura con su trasfondo histórico su perdición en el porvenir; y, sometido al desnudo rigor de su experiencia de hoy tropieza con la debilidad de la previsión de su aventura. Su ignorancia descubre la ausencia del sentido de su vida, y el ministerio de su crisis ensombrece los valores de su idealidad. Sólo el gesto histórico puede adscribirlo a la preocupación del futuro y a la adivinación del misterio que lo enmaraña. "El secreto del destino colectivo "—como el del destino individual— no se aloja en un futuro "enigmático, que no es sino latencia subyacente en el pasado, "que no es mero azar; sino que es etapa de una marcha "ininterrumpida, se aloja en su pasado, que es el único que "constituye su realidad, y en él hay que buscarlo para desen- "trañarlo e incorporarlo a la conciencia..." [1].

En esta época de angustiosa incertidumbre sólo el conocimiento histórico nos permitirá el discernimiento de los valores de nuestra cultura, y la referencia que a esos valores formule nuestra preocupación histórica trascenderá en actitudes y conductas frente a los problemas del presente. Y, acaso se encuentre en la vocación histórica el único medio de hacer que la conmoción humana del pasado trasmita el sacudón vigoroso a nuestra existencia inerte en lo vivo, y contribuya a sepultar nuestra existencia envilecida en lo que no debió jamás haber nacido. Porque aquella conmoción histórica, encarnecida en el hombre, condiciona ineludiblemente la posesión de una actitud determinada frente a la crisis de la hora; y, porque puesto el hombre a razonar el contenido de su pasado sólo una misérrima cobardía puede impedirle la reflexión sobre su destino y, en consecuencia, tomar partido por una tendencia definida en el modo de concebir la existencia y los valores que la alientan. Porque ¡ay de quienes se pierdan en la *imparcialidad* del juicio histórico íntimamente conectado con la viviente realidad! Guárdense bien aquéllos que separan con aquel pretexto la realidad histórica de la actitud presente. O aquellos que disocian las tendencia del pasado de los problemas actuales de su



# LA NUEVA

La vida de nuestra comunidad política ha recibido una nueva ley reguladora. Se impone entonces que consideremos los efectos que ésta debe producir en la configuración de nuestro ser nacional. Porque no participamos de la opinión nominalista que ve en las leyes, máxime en la fundamental, una pura expresión verbal, sin fuerza para determinar hechos y movimientos sociales.

Creemos que toda ley nace de hechos sociales profundos y, a su vez, que encierra un dinamismo de realizaciones incalculables. No se interprete esto, sin embargo, como si esos hechos impusieran ciegamente una *determinada* regulación social. Cabe siempre un margen grande de indeterminación que el genio de una persona singular, con su elección deliberada, resuelve en uno u otro sentido.

En el caso presente, la nueva Constitución rubrica la liquidación definitiva del mundo liberal burgués en nuestra patria e inicia un proceso de proletarización de la vida pública, cuyo camino accidentado está fuera de toda previsión.

*Liquidación del mundo liberal burgués*

determinada frente a la crisis de la hora; y, porque puesto el hombre a razonar el contenido de su pasado sólo una misérrima cobardía puede impedirle la reflexión sobre su destino y, en consecuencia, tomar partido por una tendencia definida en el modo de concebir la existencia y los valores que la alientan. Porque ¡ay de quienes se pierdan en la *imparcialidad* del juicio histórico íntimamente conectado con la viviente realidad! Guárdense bien aquéllos que separan con aquel pretexto la realidad histórica de la actitud presente. O aquellos que disocian las tendencia del pasado de los problemas actuales de su país con el fin de formarse un juicio *objetivamente* histórico, destruyendo la unidad del proceso cultural del mismo. La deshumanización que tal actitud implica hoy ajusta cuentas con aquel frígido retorno erudito. La historia de hoy es historia viva que encarna los acontecimientos pasados en la realidad presente. Insistimos en que esa historia viva impone tendencias y actitudes y no poses o enfoques anémicos. Al tiempo que desentraña el pasado —construye y derrumba verdades—, infunde vida a nuestra existencia y nos predispone al problema de nuestro porvenir.

ARNALDO MUSICH

[1] José Luis Romero, LA HISTORIA Y LA VIDA, 1945, pág. 11.



siempre un margen grande de [illegible] una persona singular, con su elección deliberada, resuelve en uno u otro sentido.

En el caso presente, la nueva Constitución rubrica la liquidación definitiva del mundo liberal burgués en nuestra patria e inicia un proceso de proletarización de la vida pública, cuyo camino accidentado está fuera de toda previsión.

### *Liquidación del mundo liberal burgués*

El mundo liberal burgués se instaló en nuestra patria, de manera diríamos definitiva, en 1853. No fué sino un injerto en el viejo solar criollo, del optimismo liberal del pasado siglo que creía llegada la era de la felicidad del género humano. Y la felicidad la constituía el poderoso comercio de Inglaterra y la ilustración de Francia. No se veía entonces meta superior que el dejarse civilizar por unos y por otros, entregando lo mejor de nuestra rica producción agropecuaria, en cambio de los productos industriales y de las elegantes maneras de que disfrutaban aquí un grupo de privilegiados. Un mundo "maravilloso" conoció el país que alcanzó momentos de cumbre cuando el gobierno del General Roca, a fines del pasado siglo, y en 1910, cuando el centenario.

Pero al privilegio de los unos correspondió el resentimiento de los otros. Y frente al conservadorismo social y político, se levantó el radicalismo. 1916-1922 señalan la marea popular instalada en el poder político, pero de una clase media, que no es del todo popular, que se esfuerza por emplear un lenguaje retórico que le granjee categoría de ilustrada; de una masa que tiene conciencia de su fuerza numérica frente a la sagacidad de sus enemigos y que tiene sentido del valor del propio suelo frente a esa tendencia extranjerizante. 1922-1928 es un compromiso conservador-radical encarnado en un tipo tan inexpresivo como Don Marcelo de Alvear. 1928-1930 es otra vez la incapacidad de la semi-ilustración de los del plebiscito de los 800.000. Después de 1930 y hasta 1943 vuelve el compromiso conservador-radical modernizado en la habilidad política del General Justo.

Lo que nos interesa señalar aquí —y pedimos al lector que no se extrañe de lo que vamos a decir— es que la nueva Constitución cumple el anhelo recóndito y dinámico del partido radical, que venía trabajando infructuosamente desde 1916 por efectuar, con propia mano, la liquidación del viejo y gastado mundo liberal-burgués. Sin embargo —¡paradoja de la historia!— en la Convención nacional, los radicales han estado luchando a brazo partido, y esta vez también infructuosamente, para impedir que fuera perpetrada aquella liquidación.

Con la nueva Constitución desaparece el conservadorismo social y político; desaparece el mundo liberal-burgués y desaparece también la influencia cultural europea que ese conser-



# CONSTITUCION

vadorismo encerraba. Desaparece un mundo de tradiciones y de novedades, de verdades y de errores, de virtudes y de vicios, de valores y de desvalores. Pero no miremos hacia atrás porque la historia marcha siempre hacia adelante.

### *El mundo nuevo que se abre*

En el periodo 1930-43 tomó fuerza en el país el nacionalismo. Algún día señalaremos su trayectoria histórica. Baste indicar aquí hoy que el nacionalismo, movimiento que responde a exigencias profundas que sobrepasan las contingencias políticas, se encarnó en una mezcla confusa de preocupaciones y de tendencias de todo género. Pero en él, o mejor, en los grupos y personas que lo han profesado o continúan profesando, se hicieron visibles dos tendencias bien caracterizadas: una, que comprendió que los males de nuestra realidad nacional son de carácter profundo y se vinculan con la crisis de la *inteligencia* de que adolece el mundo occidental moderno, y de que, en consecuencia, no se puede buscar otro remedio sino yendo a la raíz del mal y restaurando los principios tradicionales de inteligencia y de vida que profesa la sabiduría de la Iglesia; otra que

vetusta del 53. Porque sobre la base de ésta, que queda casi intacta en lo que a libertades individuales y derechos políticos se refiere, añade lo del nuevo orden económico y una defensa "espiritualista" de la familia y la educación.

Pero analizada con detenimiento y en su fuerza dinámica, se recoge la impresión de que, huérfana de principios que den sentido concreto y orgánico a sus artículos, la nueva Constitución ha de acelerar el proceso de estatización y proletarización en el que corre el mundo occidental, y muy particularmente nuestro país.

Porque la única realidad nueva que aporta es esta: "Que el Estado ha de asegurar los derechos del trabajador", "que el Estado ha de constituirse en promotor de la justicia social". Esta nueva realidad vital ha de condicionar entonces el resto de artículos, y ha de marcar, en definitiva, el carácter vivido de la nueva Constitución. Estos son también los principios supremos que, como fuente de toda razón y justicia, han de crear el mundo nuevo que se abre a la nación argentina.

### *Estatización y proletarización del país*

Dada la pendiente de los pueblos modernos, una Constitución que no quisiera caer en el estatismo proletario, debiera colocar en su cúspide, como suprema verdad alimentadora de toda la vida nacional, y no puramente decorativa, que existe una ley eterna, de la cual es participación la ley natural, en virtud de la cual los individuos, familias y grupos sociales gozan de derechos inviolables que ningún poder de la tierra puede tocar; debiera colocar asimismo el derecho sobrenatural de la Iglesia, derivado del hecho de la divina Redención, en virtud del cual debe ser reconocida como sociedad espiritual perfecta, a la cual deben reverenciar y someterse todas las humanas sociedades. El resto de los artículos cobrarían entonces sentido y limitación. El Estado amparado por esos principios supremos se convertiría a su vez en el amparo benéfico del derecho a la vida, al trabajo, a la propiedad productiva, al comercio, incluso el internacional, a la educación, a la práctica del culto verdadero que compete a toda persona humana.

Ese Estado no podría incurrir en el estatismo. Ese Estado no podría interpretar su misión de promover el bien común, como si hubiera él de "determinar por propia cuenta el movimiento físico, espiritual, religioso y moral de las personas humanas" (Pío XII, junio 1941).

Pero una Constitución que omite señalar esta verdad fundamental y que, en cambio, preconiza el intervencionismo estatal en el trabajo, la educación, la asistencia social, la propiedad, el comercio, sin fijar los límites y el sentido de esta intervención, va a contribuir a acelerar un intervencionismo que agravará los males sociales de que ya sufre la nación.

El mal de la sociedad actual se caracteriza por falta de personalidad, de sentido de la responsabilidad, en los individuos, en

cas, se encarnó en una mezcla confusa de preocupaciones y de tendencias de todo género. Pero en él, o mejor, en los grupos y personas que lo han profesado o continúan profesando, se hicieron visibles dos tendencias bien caracterizadas: una, que comprendió que los males de nuestra realidad nacional son de carácter profundo y se vinculan con la crisis de la *inteligencia* de que adolece el mundo occidental moderno, y de que, en consecuencia, no se puede buscar otro remedio sino yendo a la raíz del mal y restaurando los principios tradicionales de inteligencia y de vida que profesa la sabiduría de la Iglesia; otra que creyó que el problema se situaba en el plano económico y político y que todo se había de remediar haciendo penetrar en las masas, unas pocas, fuertes y buenas ideas transformadoras.

Con la revolución del 4 de junio triunfó esta última tendencia. Y así el "peronismo" se ha presentado como un movimiento de masas, accionado por *slogans* nacionalistas. *Slogans* anti liberal-burgueses, como los de "soberanía", "justicia social", "oligarquía", "vende-patria", "pulpo internacional", "cipayismo" y "doctorismo".

Esta masa peronista, libertada o desatada, en parte, de los mitos del liberalismo, socialismo y comunismo, parecía presentar grandes posibilidades para que el planteo de los del primer grupo del nacionalismo pudiera, de alguna manera, penetrar en ella; y de esta suerte orientarse hacia una concepción tradicional y católica de la vida. Su conductor indiscutido, el General Perón, pareció tener cabal comprensión de este problema y en muchos y notables discursos y aún medidas gubernativas, como en la implantación de la enseñanza religiosa, parecía a punto de encaminar en este sentido la conducción de esa enorme masa de pueblo.

Pero el anteproyecto de la Nueva Constitución que hizo suyo el General Perón marcó claramente que estas posibilidades quedaban quebradas.

Sin embargo, el texto definitivo que acaba de sancionarse vuelve a encerrar puntos de una evidente orientación espiritualista, por donde podría engarzarse aquel planteo tradicional a que nos referíamos anteriormente: El capítulo III, que lleva el título "Derechos del trabajador, de la familia, de la ancianidad y de la educación y la cultura", traduce un noble propósito de dar categoría "a la familia como núcleo primario y fundamental de la sociedad" y de tomar en serio "la formación del carácter y el cultivo integral de todas las virtudes personales, familiares y cívicas" en nuestra juventud. El capítulo IV que lleva el título "La función social de la propiedad, el capital y la actividad económica" encierra un propósito de aprovechamiento social y nacional de los bienes del país.

Tomada así, en su expresión verbal, la nueva Constitución podría aparecer como una útil y saludable renovación de la

a fortaleza

manas" (Pío XII, junio 1941).

Pero una Constitución que omite señalar esta verdad fundamental y que, en cambio, preconiza el intervencionismo estatal en el trabajo, la educación, la asistencia social, la propiedad, el comercio, sin fijar los límites y el sentido de esta intervención, va a contribuir a acelerar un intervencionismo que agravará los males sociales de que ya sufre la nación.

El mal de la sociedad actual se caracteriza por falta de personalidad, de sentido de la responsabilidad, en los individuos, en las familias, en los grupos sociales; por una "masificación" de los hombres y de sus actividades; por una "standardización" de los fenómenos humanos. El liberalismo ha destruido las auténticas jerarquías sociales. Ahora bien, toda penetración directa e inmediata de verdades en las masas produce resultados nefastos. Porque la masa tiende a apoderarse, en forma simplista, de estas verdades y a convertirlas en "mitos". Mitos que no sólo son malos y nefastos cuando se llaman "libertad", "democracia", "pacifismo", sino también cuando se denominan "soberanía", "justicia social", "recuperación nacional". Porque el mito ejerce siempre una acción niveladora, esencialmente destructora de toda medida y jerarquía.

¿Qué será cuándo a éstos se añada por precepto constitu-



cional el mito del Estado-Providencia, del Estado amparador de los trabajadores, de los ancianos, las familias, cultura, educación, propiedad, comercio; del Estado-arréglalo-todo, vale decir, cuando el Estado se ponga en la tarea de nivelarlo todo, esto es, de levantar a los ineptos, mediocres, adulones y, en cambio, abatir a los que quieran mantener la dignidad de pensamiento, conducta y responsabilidad.

El país se iría entonces "proletarizando", "mejicanizando".

Concepción diametralmente opuesta a la de la sociología católica que enseña que el Estado se constituye como una ordenación vertical de jerarquías y de selecciones, jerarquías y selecciones en el campo del trabajo y de la vida económica, en la cultura, en lo social, en la política. Y qué país fuerte aquél que está formado por una jerarquía de valores reales en todas sus clases sociales, y, en cambio, qué país débil —por mucho que en su Constitución haya proclamado todas las independencias— aquél que se hubiera "masificado", "proletarizado", "mejicanizado".

Presencia.

# ESAU

El pelirrojo Esaú, hijo de Isaac el Justo, "hombre hecho" desde el día de su nacimiento, alcanzó, desmedrada, la bendición paterna "en la grosura de la tierra y en el rocío del Cielo de arriba". Frente a su mellizo Jacob, arquetipo de varón que busca a Dios, se nos presenta como el ambicioso de bienes materiales que pretende forjarse aquí, abajo, morada estable y definitiva. Frente a Jacob, varón que domina sus apetitos bajo la unidad del espíritu, Esaú es el hombre dividido por sus propias pasiones, que vende su primogenitura (¡la primogenitura de la promesa!) por un plato de lentejas, que mezcla su sangre (¡la sangre de Abraham!) con la impía sangre cananea y que luego brama, desesperado, por los derechos perdidos. Frente a Jacob-Israel, que ve a Dios aún en el hermano indignado y enemigo y siete veces se arrodilla para procurar su gracia, Esaú-Edom, carga con la cuádruple maldad señalada por el Profeta: "persiguió a cuchillo a su hermano", "violó la misericordia que le debía", "llevó adelante su furor" y "guardó su saña hasta el fin".

Peregrino como el abuelo Abraham, Jacob, como la Iglesia de Cristo cuya figura es, toma el camino del destierro y marcha, marcha siempre, hacia la Patria. No a la patria "tierra de los padres", sino a la Patria, "Reino del Padre". Por eso, cuando regresa de las tiendas de Labán, presta acatamiento al frenético Esaú, señor de la tierra, sin renunciar su innegable derecho a

# CRUCE ET ARATRO

*En ocasión de la fiesta de San Benito*
*(21 de Marzo)*

Los instrumentos de la fundación de Europa fueron la Cruz y el arado —*"Cruce et aratro"*— armonizados, complementándose, según las prudentes directivas de la Regla de San Benito. El *"ora et labora"* del Patriarca comenzó a hacerse acto con la mano en la mancera; más adelante, a medida de las posibilidades, fué haciéndose apostolado, arte, filosofía, y también política, y hasta comercio y finanza, informando así nuestra vida toda. Primeramente se desbrozó el terreno y se luchó con la naturaleza hostil; luego se convirtió al pagano, se atrajo al bárbaro, y se guerreó contra el hereje. La obra inicial de nuestro mundo occidental fué hecha con la Cruz, con los milagros, con la espada, y con el arado. La obra intelectual fué posterior. Recién después de vencido el infiel y domada la naturaleza florecen las artes, y luego las ciencias. Lo intelectual apareció cuando la espada hubo terminado su cometido y el arado hubo creado la riqueza y la estabilidad necesarias. Cuando de los monasterios agrícolas salió la organización de Europa fué porque sus graneros —y más tarde sus arcas— estaban en condiciones de asegurar la estabilidad vital.

Luxeuil, Corbie, St. Wandrille, Fulda, St. Gall, Cluny... puntales de Europa, nombres que evocan maravillas, claustros y bibliotecas, canto gregoriano, artesanos, huertas y almacenes. Nombres sinónimos de seguridad económica, de poderío político, de influencia cultural y espiritual. El mundo cristiano se fundó en estos Institutos, y en otros semejantes a ellos, diseminados en el Imperio. Pero todo fué merced al respaldo de las praderas, de los trigales y de los viñedos, creados por los monjes allí donde sólo había desiertos, bañados o matorrales. Los monjes fundaron sus Institutos *"inter vepres et spinas"*, entre abrojos y espinos, con dolor y con oración. *"Cruce et aratro"*. Los monjes se aferraron a la tierra, y con su trabajo, con su ejemplo, con sus milagros y con su amor, ganaron el corazón de los bárbaros.

El pueblo amaba a los monjes y respetaba al Abad. El Abad amaba al pueblo, y lo protegía. *Le servía*. En medio de un mundo tiránico y desordenado iban ordenándose así las poblaciones en relación de dependencia con los monasterios y con los grandes señoríos. *La llave de este nuevo ordenamiento es la noción de servicio enraizada en la Caridad.* Se aglomeraban las poblaciones en torno a los claustros, en busca de protección y de seguridad. En busca de pan en tiempo de paz y

"persiguió a cuchillo a su hermano", "violó la misericordia que le debía", "llevó adelante su furor" y "guardó su saña hasta el fin".

Peregrino como el abuelo Abraham, Jacob, como la Iglesia de Cristo cuya figura es, toma el camino del destierro y marcha, marcha siempre, hacia la Patria. No a la patria "tierra de los padres", sino a la Patria, "Reino del Padre". Por eso, cuando regresa de las tiendas de Labán, presta acatamiento al frenético Esaú, señor de la tierra, sin renunciar su innegable derecho a que los pueblos le sirvan y le veneren las naciones. Y Edom-Esaú, señor de la tierra, se aplaca ante el humilde homenaje ofrecido por Israel, mas no ceja en su pertinaz rencor que como terrible amenaza guarda en su corazón. Generación acostumbrada la nuestra a visiones apocalípticas, ha visto, más de una vez, despertarse el solapado resentimiento idumeo y convertirse en feroz torbellino de sangre, cuando no en hipócrita, traicionera y falsa amistad.

Pero Esaú, hombre-hecho, nació asido del talón por Jacob, y desde entonces inútil le ha sido la pretensión de librarse del predestinado dominio de El —que Suplanta porque ve a Dios. Cuando fué necesaria la astucia, Israel fué astuto y arrancó al padre su bendición; cuando fué menester valerse de paciencia, fué paciente y afrontó el dstierro; cuando hubo de usar de misericordia, fué misericordioso y ofreció su amistad al hermano. Y así la astucia, la paciencia y la misericordia jacobeas derrotaron a la torpeza, la impaciencia y el rencor de Esaú; mas no ya desde afuera, como un ejército vence a otro ejército, sino desde adentro, como el amor que prende en el corazón del hombre e inflama todo su ser en ardiente caridad... En la persona de su bisnieto, el santo Job, cuando llegó el día señalado, Esaú proclamó su adorable derrota, asombrando al mundo con su paciencia y su inigualado desapego a "la grosura de la tierra".

Esaú-Job, ruta obligada de los ávidos de bienes y de poder, de los impacientes y de los frenéticos y sensuales. Esaú-Job, camino que ha de seguir el mundo alejado de Dios, y por donde se colarán los obreros de la hora undécima. Esaú-Job, derrotero posible por la caridad Fraterna y la Paciencia de Dios!

SANTIAGO DE ESTRADA.



El pueblo amaba a los monjes y respetaba al Abad. El Abad amaba al pueblo, y lo protegía. *Le servía.* En medio de un mundo tiránico y desordenado iban ordenándose así las poblaciones en relación de dependencia con los monasterios y con los grandes señoríos. *La llave de este nuevo ordenamiento es la noción de servicio enraizada en la Caridad.* Se aglomeraban las poblaciones en torno a los claustros, en busca de protección y de seguridad. En busca de pan en tiempo de paz y en busca de protección en tiempo de guerra. La seguridad se pagaba con el diezmo o con trabajo, y así, de una *reciprocidad de servicios dominada por el Amor*, nacía seguridad y felicidad para unos, riqueza y poder para otros, y esta riqueza y este poder, resultaban a su vez nuevo aumento de seguridad para los pequeños. *¡¡Cuanto más firme era este orden, fundado en el Amor, que las modernas combinaciones fundadas en cálculos de intereses...!! ¡¡Y cuanto más eficaz era, que todas las filantropías, que todas las previsiones estatales de nuestro mun-*

# FORMACION

La Secretaría de Educación —ahora Ministerio— acaba de editar los "Programas de Instrucción Primaria" que han de regir el presente curso escolar. La Comisión encargada de redactarlos declara haber "dado importancia especial a aquellos aspectos esencialmente formadores de la conciencia nacional". Veamos cómo encara dicha comisión un aspecto tan *esencial* como es la enseñanza de la Religión.

En primer término llama la atención que entre los *decretos del Poder Ejecutivo sobre la Reforma Escolar*, no se mencione el decreto-ley —hoy ley de la Nación— de implantación de la Enseñanza Religiosa. Tampoco se colocan entre los *Programas de Conocimiento*, los de Religión y Moral —aprobados por sendos decretos del Poder Ejecutivo— no obstante haber dispuesto el señor Delegado Interventor en el Consejo Nacional de Educación, por resolución expresa, su inclusión en dichos programas.



*do sin Dios!! Marcadas por un vicio de origen, nunca pasarán éstas de ser malos subtitutos de la Caridad ausente.*

Reflejo del amor de los monjes por los hombres de la tierra es la extensión que dió la Edad Media a la Tregua de Dios; el labrador era sagrado en cuanto tocaba el arado. Un Concilio reunido en Rouen en 1096, prohibió, bajo severas penas, molestar a los labradores mientras estaban en el surco, y hasta *podía el "paysan" perseguido correr a su arado, vuelto entonces asilo inviolable.*

Los monjes negros, más que ningunos, están vinculados a la colonización del Viejo Mundo, a su organización, a su estabilización. Cada adelanto, cada innovación en los métodos, era transmitida a las otras casas, gracias al constante intercambio de personal técnico y de jefes de equipo. Los esfuerzos se iban agregando, y nada se perdía de las conquistas realizadas. Trabajo discreto y paciente; trabajo pacífico, como debe ser el trabajo de la tierra. Trabajo de benedictinos. Numerosos útiles son inventados y aplicados entonces. El arado de vertedera es uno de ellos, introducido por los monjes de San Mauro, y que viene a reemplazar con éxito a aquel otro viejo arado de punta, "coutre" para los franceses, semejante al de los bajo-relieves egipcios, usado sin innovación desde tiempo inmemorial. Los hijos de San Benito introducen pues el arado de vertedera, verdadera revolución, e implantan también prácticas agrícolas hasta entonces desconocidas, tales como la de rolear el trigo, y hasta de rastrearlo para obligarlo a macollar; encalan las tierras, seleccionan las semillas, refinan sus ganados.

Así el arado se difundió rápidamente por Europa substituyendo instrumentos más primitivos, y convirtiéndose, junto con la Cruz del Redentor, en el símbolo de la historia monástica de entonces. "*Cruce et aratro*" es, más que la divisa, la síntesis de la conquista de Europa para Cristo. Con la Cruz y el arado se fundó Europa. Nadie mejor que San Teodulfo, encarna este hecho. San Teodulfo, monje de St. Thierry, cerca de Reims, trabajó la tierra con sus bueyes durante 22 años, haciéndose luego arquitecto para edificar un pueblo, ingeniero para construir las vías de acceso, administrando justicia, *creando paz y seguridad*, siendo perfecto jefe rural. Muerto el Santo, las gentes, agradecidas, cuelgan su arado de las cabriadas de la Iglesia, en un gesto realmente conmovedor. Dice Montalembert, hablando de esta venerable herramienta: "*noble y santa reliquia que besaría con tanto respeto como la espada de Carlomagno*".

Si "*Cruce et aratro*" es la adaptación románica del "*ora et labora*" del Patriarca de los Monjes de Occidente, ¿cuál es su adaptación moderna? Meditemos las palabras de "*Fulgens Radiatur*": "*estas experiencias, que otrora impulsaron a Benito a reeducar y moralizar una sociedad decadente, deben aleccio-*

# SATAN

Los "Etudes Carmélitaines" han publicado (Desclée De Brouwer, mayo de 1948) este volumen de 664 páginas que puede ser llamado "Suma" por la variedad de cuestiones que aborda, por más que no pretenda exceder de la índole de un ensayo, considerada la vastedad del asunto.

Sus treinta y cinco artículos salen todos, excepto uno, de la pluma de especialistas. Entre estos hay quienes como el P. Bruno de Jesús María, el P. Ph. de la Trinité o el P. Tonquédec podrían haber hecho la exposición formal de la doctrina católica sobre el sujeto para el mejor provecho de muchas personas, ignorantes hoy, de la verdadera enseñanza de la Iglesia. Y es extraño que se haya incurrido en tal omisión puesto que una de las razones de haber editado esta obra es, precisamente, remediar el desconocimiento casi universal de esta realidad por gentes de toda condición y cultura, así como, dentro de la católica grey, la indiferencia equivalente a un agnosticismo práctico respecto a su existencia y acción en el mundo y en las almas. Esto a pesar de que Nuestro Señor nos reveló que el tal es "homicida ab initio" y "mendax, et pater mendacis" y que San Juan le llama "el primer pecador", y San Pablo con la Sabiduría "aquel por cuya envidia entró la muerte en el orbe y tiene el imperio de la muerte". Se ha preferido una serie de monografías como es usual en publicaciones de corte "científico". Quiera Dios conceder eficacia a la buena intención.

En la sección "Existencia" habría debido insertarse la exposición de que hablamos. Vienen, en cambio, tres estudios especiales, de difícil lectura para los no habituados a materias teológicas o escriturarias, y difícilmente persuasivos para los que nieguen o se desentiendan de aquella temible realidad. Por cierto son útiles y gratos para aquellos que admiten lo que la Iglesia enseña, aun el análisis de la sutil controversia entre los PP. de Blic y de Lubac, S. J., sobre la ordenación de los ángeles a lo sobrenatural y el pecado de los que apostataron, según diversas acepciones de la doctrina tomista.

La "Historia" está representada por notas sobre la noción del Adversario entre los primitivos, el dualismo mazdeísta, la demonología del maniqueísmo, y una breve página de Mssignon sobre los kurdos "adoradores de Satanás" al que juzgan "condenado por amor exclusivo de la pura idea de la Deidad, habiendo rehusado toda recompensa". Estos "yezidis" (curiosa similitud!) profesan desde hace diez siglos un ideal moral que hallaría eco en el siglo XVIII, en el pensamiento de Lessing y de Kant, opuestos a toda idea de "premios eternos" para la acción virtuosa. Sólo un artículo, el del P. Kilger, trata desde el punto de vista eclesiástico la acción del demonio, describiendo casos de posesión documentados en misiones del Japón y Africa.

bert, hablando de esta venerable herramienta: "*noble y santa reliquia que besaría con tanto respeto como la espada de Carlomagno*".

Si "*Cruce et aratro*" es la adaptación románica del "*ora et labora*" del Patriarca de los Monjes de Occidente, ¿cuál es su adaptación moderna? Meditemos las palabras de "*Fulgens Radiatur*": "*estas experiencias, que otrora impulsaron a Benito a reeducar y moralizar una sociedad decadente, deben aleccionarnos para emprender la magna tarea de hacer emerger el mundo de su terrible naufragio*". Si nuestro mundo enfermo se ha de recuperar será pues con el espíritu que animó la fundación de Europa. De las palabras de la Encíclica se deduce cuál es el rumbo, cuál es el espíritu que sanará al mundo moderno; y surge bien claro, también, que en nuestras manos está buscar la adaptación salvadora.

PABLO HARY (h.)

# SIN RELIGION

El Poder Ejecutivo por un decreto del cuatro de setiembre de mil novecientos cuarenta y siete, —actualmente en vigencia— nombra expresamente la Religión entre las materias formativas, de configuración o desenvolvimiento. La Comisión, por el contrario parece haber olvidado esta materia fundamental. Queda así excluída la Enseñanza Religiosa de entre las *materias formativas*, relegándosela a la última hora de clase, junto con las llamadas *materias especiales*, tales como agricultura, ganadería y ejercicios físicos.

Si a esto se agrega una serie de conceptos erróneos diseminados por todo el programa, llegamos a la conclusión de que la Enseñanza Religiosa que los nuevos programas admiten es una enseñanza desplazada, disminuída, arrinconada en el horario y sin gravitación alguna en la formación de la niñez.

PRESENCIA.



denado por amor exclusivo de la pura idea de la Deidad, habiendo rehusado toda recompensa". Estos "yezidis" (curiosa similitud!) profesan desde hace diez siglos un ideal moral que hallaría eco en el siglo XVIII, en el pensamiento de Lessing y de Kant, opuestos a toda idea de "premios eternos" para la acción virtuosa. Sólo un artículo, el del P. Kilger, trata desde el punto de vista eclesiástico la acción del demonio, describiendo casos de posesión documentados en misiones del Japón y Africa.

Bajo los títulos "Represión" y "Terapéutica" se expone el poder exorcístico de la Iglesia, señalándose la cuidadosa distinción que, desde antiguo, hace ella entre las manifestaciones verdaderas de la presencia diabólica en posesos y obsesos y las formas, a menudo equívocas, que alcanzan las enfermedades puramente psíquicas y nerviosas. "Formas" y "Deicidio" describen la influencia directa del Enemigo en representaciones plásticas, especialmente en religiones no cristianas, o las traducciones literarias de su realidad. La "rentrée" del Malo en la conciencia contemporánea se ha verificado por la puerta (el tímpano sería más exacto llamarlo) de la intuición literaria. Mientras el racionalismo alemán, a partir de la "Aufklaerung", quita a la religión todo contenido propiamente sobrenatural, exalta al individuo haciendo la apología de la razón y de la libertad. (Kant, elogiando a Rousseau, hacía de la idea —o "noumeno"— de la libertad el meollo de su vida y de su filosofía) y crea un estado de ateísmo difuso y dominante. En Francia y en Rusia los escritores domestican al diablo, tratando de convertirlo en abstracción o en proyección de las pasiones humanas, o lo estiman románticamente como el Gran desterrado reconociéndole afinidades con la parentela del genio. En tierra germánica el éxito del Enemigo fué hacerse pasar por alto, como lo más desdeñable de toda la Revelación, a pesar de que von Görres atrajo la atención de muchos sobre el tema en su "Mística". Pero en Rusia y en Francia, la potente impregnación cristiana de la cultura impide olvidarlo definitivamente, aún a los intelectuales apartados de la fe. En los más grandes artistas es donde la sugestión del Angel caído se traduce en signos más categóricos. En Balzac es el aguijón del deseo de omnisciencia. Baudelaire lo afronta (con cítaras y cantos como Orfeo), como "al Imprevisto, «al que todos habían negado»" (cit. Fumet), Rimbaud y Lautréamont lo denuncian aun bajo





la sola distensión de ciertos "excessibus mentis". Pero Dostoiewsky lo comporta, a lo largo de toda su obra, como una desmesurada sombra y, en los umbrales de la caótica época que comenzaba, lo exhibe desplegando siempre ante los hombres la irrealizable promesa de una felicidad futura sobre la tierra, en tanto que reseca en los corazones la fuente del amor divino. Los análisis de Zumthor, Madaule y Magny son tan excelentes como el de Lenz-Medoc, titulado, con una expresión de Hegel, "La muerte de Dios".

Las "Reflexiones sobre Satanás al margen de la tradición judeo-cristiana", de Albert Frank-Duquesne merecerían por sí solas comentario aparte. El lugar que ocupan en el volumen indica la estima que suscitan. Claudel había discernido al autor admirativas expresiones con motivo del libro "Cosmos et Gloire" (o alguna anterior que no conocemos). Sin fijarnos en la firma creímos hallarnos ante el escrito de un Paul Vulliaud convertido, tan notables resultaban las semejanzas por la clase de erudición y por el estilo entre ambos. La misma sorprendente, desusada información sobre la literatura judía, antigua y moderna, cábala, esoterismo, religiones, historia, idiomas y aun patrística, con la peculiaridad en Frank-D., de un acabado conocimiento del Antiguo y Nuevo Testamentos. Por otra parte la expresión tiene el mismo giro incisivo, es igual la sutileza crítica y hasta la atenuación retórica de los propios méritos parece no más que la trasposición a la modestia cristiana de lo que en Vulliaud es agresiva exhibición de saber. Frank-Duquesne es un Vulliaud sin acritud y católico. Se preferiría, con todo, que no ofreciera tantas excusas. En una nota dice que escribe todo "casi sin libros"; al final data su trabajo de ciento treinta páginas en la forma siguiente: "1-4 enero, 1-3 y 5-7 setiembre 1947". Diez días parece apenas el tiempo necesario para "escribir" el artículo, no para redactarlo con aquella espesa selva de citas de toda índole que lo compone. Sea como sea, este "éclairage harmonieusement complémentaire du Mystère divin", como lo llama el eclesiástico que quiso examinar el escrito, "puede ayudar a quienes estén formados en las "rigurosas disciplinas de la teología clásica, a revivificar para "sí esos respetables conceptos, en contacto con su base escri- "turaria y tradicional". Además, la autoridad de Newman cubre la decisión de "Etudes Carmélitaines" de acoger este producto de una exégesis independiente.

El método interpretativo de Frank-Duquesne es especialmente rabínico; la explicación de un texto se obtiene por su

aún, la familiaridad con la Vida que discurre desde el "Berechit" hasta el "amén" final, por libros, versículos y vocablos, en la persuasión de que hasta los "iota" tienen allí realidad, para vida o para muerte. Frank no parece haberse librado, con todo, de cierto predominio de la erudición, por lo cual su trabajo tiene cierto aire de tesis doctoral (¡una tesis doctoral para aclimatar entre intelectuales europeos la escolástica de los "targumim"!), mientras que en Bloy predomina la síntesis simbólica extraña, desde luego, a toda erudición y preocupada, exclusivamente, por el Misterio viviente y su asimilación transformante por el alma.

El autor no cita a Bloy en parte alguna, pero es evidente que lo conoce o, al menos, conoce "Le salut par les juifs", libro capital del Peregrino de lo absoluto. Las citas hechas prueban coincidencias hasta en los términos al enunciar las claves interpretativas que los guían en la asimilación de la Escritura. En cuanto a la tradición seguida dice Frank: "Léase los textos "al modo de los viejos rabinos... Mi padre, convertido al "Cristianismo, debió sus primeros pasos hacia la fe cristiana "a la Kabala y a los «Targumim». Bloy se atrevió a expresar "esta idea: "Si hoy se desea tener profetas... yo quisiera sa- "ber porqué no se los pide nunca al *único* pueblo del que sa- "lieron todos los Secretarios de los mandamientos de Dios". Sin que Frank-Duquesne asuma en modo alguno aires de "nabhi", su modo de leer la Escritura se revela rico de enseñanzas y explica los encomios que se le disciernen, aún hechas las reservas del caso. No es de pensar que se haya olvidado que los Padres usaban con frecuencia de esa manera de explicar la lección divina, bien que su formación clásica los condujera fácilmente a combinar el sentido típico puro con la alegoría moral, en la que se pierde de vista el objeto trascendente para buscar alusiones y doctrina utilizables para el gobierno de la conducta humana.

El artículo abarcaba, al principio, las referencias del Antiguo Testamento, la abundante doctrina del Nuevo sobre el Tentador, arconte del mundo y la demonología rabínica en tiempos de Nuestro Señor. Luego la dirección de la revista pidió al autor una síntesis de la demonología en el Apocalipsis. Este anexo contiene una amplia prueba de la unidad fundamental de toda la Escritura y expresa una opinión valiosa sobre el sentido al menos general de la "Revelación de Jesucristo por Jesucristo", como la caracteriza el P. Allo, según la recibieron sus inmediatos destinatarios. El Apocalipsis no abarcaría tan sólo la vida de la Iglesia después de Pentecostés sino desde el Alfa hasta el Omega de la creación: el Cordero, ofrecido y muerto desde el principio del mundo, es el verdadero Soberano de toda cosa y el regente de la historia entera. En esta perspectiva, absolutamente ortodoxa, la figura y el poder del Enemigo quedan adecuadamente ubicados. Terrible en su seducción y asechanzas cuando la voluntad del hombre no le cierra puertas y ventanas, es casi desdeñable para el alma que

Mystère divin", como lo llama el eclesiástico que quiso examinar el escrito, "puede ayudar a quienes estén formados en las "rigurosas disciplinas de la teología clásica, a revivificar para "sí esos respetables conceptos, en contacto con su base escri- "turaria y tradicional". Además, la autoridad de Newman cubre la decisión de "Etudes Carmélitaines" de acoger este producto de una exégesis independiente.

El método interpretativo de Frank-Duquesne es especialmente rabínico; la explicación de un texto se obtiene por su relación, verbal o conceptual, con otros. "Aclarar la Biblia con la Biblia" es su fórmula para lograr una lectura "viviente "y vívida", ya que la Escritura es una Palabra vivificante. "El mejor comentario de un texto cualquiera es *toda* la Escri- "tura, en la que *las* palabras no constituyen, para los ojos ilu- "minados por la fe, más que *una sola* y *única* Palabra de Dios". "En la Biblia resuena, escoltada sin duda por innumerables "armónicas, *la* Palabra con que Dios, único y simple, se ex- "presa. Es ésta la exégesis de San Pablo... es la hermenéu- "tica de Nuestro Señor". "Si se quiere apurar los textos es "menester comenzar a leerlos al modo de los viejos rabinos". "Uno solo habla: Dios. ¿A quién? Bajo la máscara de los "hombres a Dios... Su palabra, dice San Ambrosio es *iterativa*".

Ahora se creería estar leyendo a Bloy, al Bloy a quien se negó toda gloria. ¿Nos será dado asistir a la rehabilitación del más ardiente amador de la gloria de Dios en este siglo? El decía, hace ya mucho tiempo: "Los símbolos y parábolas del Sagrado "Libro *son* para siempre, ya que la Iglesia infalible si no ha "borrado las figuras tampoco ha expelido las profecías". "To- "das las palabras del Texto viven... Para los buenos cristia- "nos de antes no podía tratarse de retórica ni de vana litera- "tura cuando se mencionaba la Palabra de Dios... No se veía "en el Libro ni una sílaba que no se refiriera, al mismo tiem- "po, al pasado y al porvenir, al Creador y a las criaturas, al "abismo de lo alto y al abismo de abajo, envolviendo a todos "los mundos a la vez en un sólo relámpago, como el vertigi- "noso espíritu del Eclesiastés que «pasa considerando los uni- "versos *in circuitu*, y vuelve a sus propios círculos». (Ecc. I, "6). Por lo demás en toda época este fué el sentir infalible de "la Iglesia, la Revelación por las Escrituras, eternamente *actual* "en el sentido histórico y *universal*, absolutamente, en el sen- "tido de los símbolos. En otros términos, la Palabra divina es "infinita, absoluta, irrevocable en todos los modos, iterativa "sobre todo, prodigiosamente, *porque Dios no puede hablar* "*más que de Sí mismo*". Y así en tantos otros lugares el pensamiento de Bloy sobre esta doctrina capital, declara el misterio de la Unidad del Señor escondido bajo la variedad de sus obras y en la multiplicación de su Palabra.

Tanto la exégesis de Bloy como el método de Frank-Duquesne requieren el conocimiento íntimo de la Escritura, más cieron sus inmediatos destinatarios. El Apocalipsis no abarcaría tan sólo la vida de la Iglesia después de Pentecostés sino desde el Alfa hasta el Omega de la creación: el Cordero, ofrecido y muerto desde el principio del mundo, es el verdadero Soberano de toda cosa y el regente de la historia entera. En esta perspectiva, absolutamente ortodoxa, la figura y el poder del Enemigo quedan adecuadamente ubicados. Terrible en su seducción y asechanzas cuando la voluntad del hombre no le cierra puertas y ventanas, es casi desdeñable para el alma que se conforta en Cristo, porque Este es el que libró la verdadera batalla contra el príncipe de las tinieblas y su legión. Erradicación de todo dualismo.

Frank-Duquesne no desdeña recurrir a otras tradiciones y aún al mismo pensamiento profano para aclarar el sentido de un pasaje. Así, también, encontramos una rápida y certera crítica de las ideas de René Guénon sobre la identidad de todas las tradiciones y su soteriología metafísica, es decir la identificación con lo Absoluto por el conocimiento puro, desdeñando el Amor que Cristo trajo al mundo. Declara el autor haber participado durante treinta y cinco años de diversos grupos iniciáticos y no titubea, (apoyándose en tan larga experiencia) en identificar al Rey del mundo, Metatron, el Gran Escriba, etc., cuyo señorío universal estudian tales cofradías, con el Angel caído de la Revelación. Y creemos no equivocarnos al ver en este aporte apologético otra razón de importancia que justifique los elogios que entretejen la presentación del notable escrito.

El P. Bruno de J. María califica de "vehementes" las páginas de Don Alois Mager con que termina la serie de artículos. Además la Redacción ha juzgado necesario indicar, en oportuna nota, cuán grande es el número de los satanistas o pseudo-satanistas del presente, citando como típico representante de esa ralea a Aleister Crowley denominado por el Lord Justicia el "más inmundo y perverso personaje de Gran Bretaña". Violencias y mortificaciones no sostenidas como exortara el Apóstol (I Cor. IV, 12), inspiran estos párrafos ulcerados.

El volumen se cierra con una "Bibliografía demoníaca", por Roland Villeneuve. Elude la enumeración completa de las obras conocidas que directa o indirectamente tengan que ver con el tema, pero muchas de estas se reducen a utilizar textos más antiguos y carecen, por ello, de real autoridad e importancia.

R. M. E.



